

COSTA RICA Y CUBA en Manuel González Zeledón

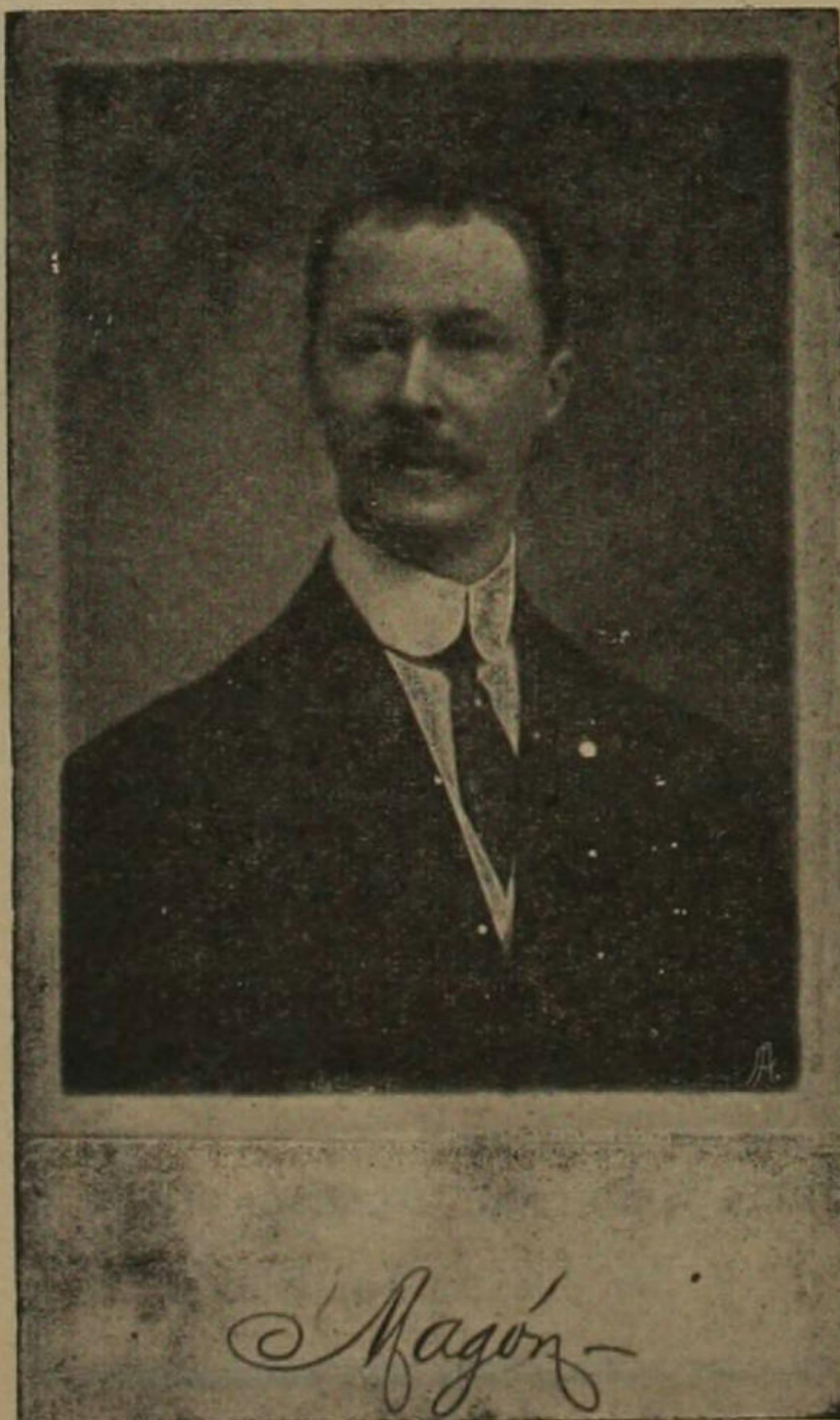
Por Herminio PORTELL VILA

(De Bohemia. La Habana.
Marzo 15 de 1942).

Toda la América Central está llena de recuerdos y relaciones y amistades de los revolucionarios cubanos del siglo pasado que en ella encontraron refugio y apoyo en los días difíciles de las persecuciones españolas contra los patriotas. Martí, Gómez, Maceo, Crombert, Estrada Palma, Quesada, Rius Rivera, Palma, Izaguirre y otras eminentes figuras de nuestras guerras de independencia disfrutaron de la hospitalidad centroamericana durante su exilio y consideraron como segunda patria a las repúblicas que Morazán y Barrios quisieron unir en una sola nación, fuerte, ilustrada y progresista, como un día llegarán a serlo los países que se extienden desde el Usumancita hasta el lago de Chiriquí y que alientan un noble ideal democrático ya plenamente realizado en Costa Rica, donde mora un pueblo liberal, laborioso e instruido cuyo índice de analfabetismo es mucho más bajo que el nuestro y que el de la mayor parte de las naciones de América.

No se puede hablar de Costa Rica y de Cuba sin dedicar un recuerdo emocionado al diplomático y literato costarricense Manuel González Zeledón, fallecido hace muy pocos años y quien tuvo una larga y honorable existencia de amante de Cuba y de nuestras glorias y libertades, tanto en los años del despotismo español, como en los de más recientes dictadores nativos, o sea, durante el machadato, cuando González Zeledón era Ministro de Costa Rica en Washington.

González Zeledón, prosista excelente, poeta festivo, ironista sutil, escribía tras el seudónimo de "Magón", que popularizó en sus cuentos, tradiciones, anécdotas y epigramas, recogidos en varios volúmenes publicados no sólo en Costa Rica, sino también en España.

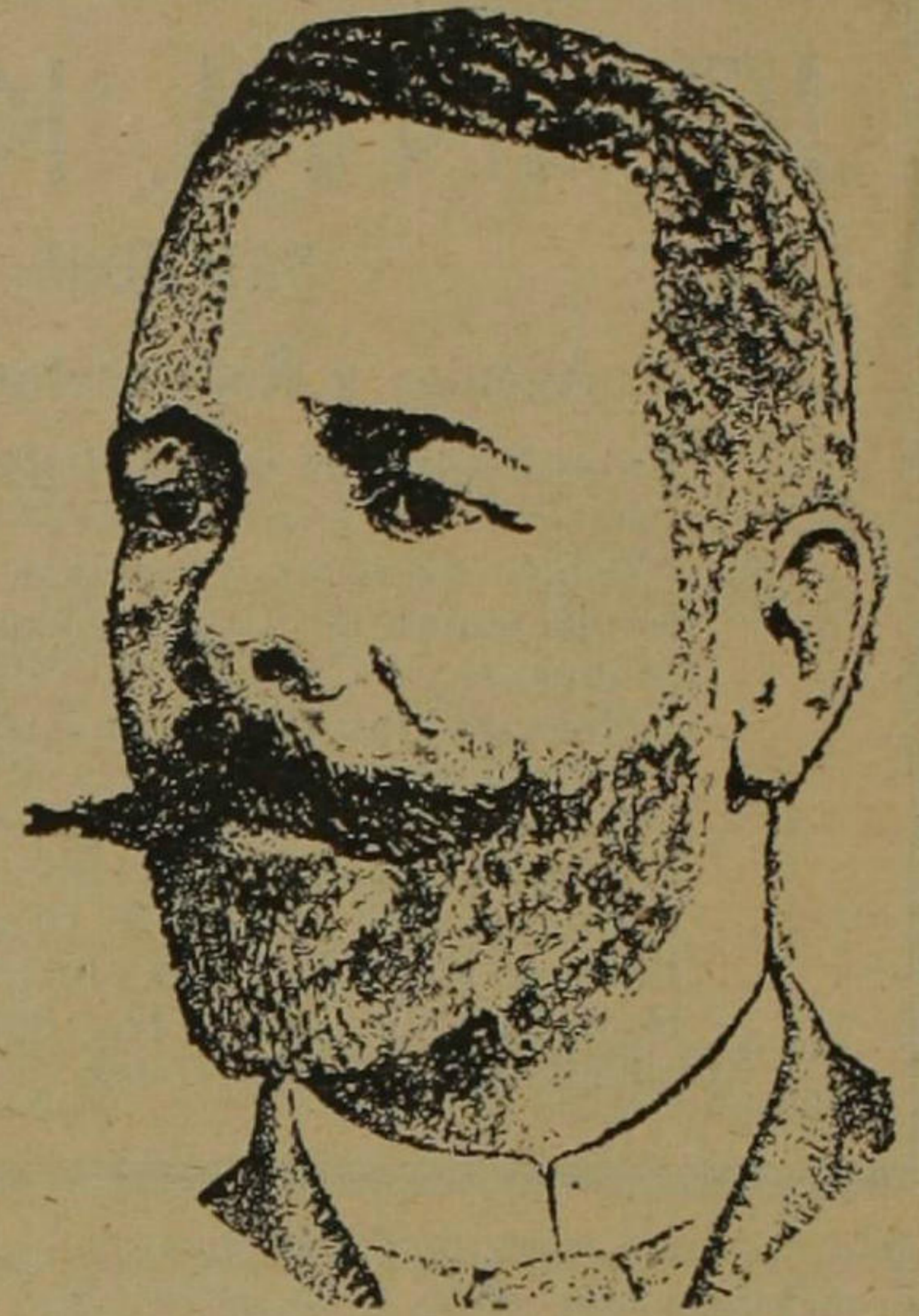


Tenía gracejo especial, "a lo Ricardo Palma" para iluminar sus relatos con agudas observaciones; y del mismo modo convertía un tema en apariencia trivial en asunto lleno de interés humano y en el que sobre la seriedad más apasionante campeaba siempre su fina ironía y su propósito didáctico, como de buen maestro de juventudes que siempre supo ser. Por su aversión a lo estridente, González Zeledón no pudo ser volteriano; pero su espíritu sonreía constantemente ante la contemplación de las miserias y las contradictorias actitudes de los hombres y a lo largo de su vida demostró una resolución serena e invencible en defensa del bien y de la justicia.

Cuando Maceo vivió en Costa Rica, durante los años preparatorios de la Revolución de Martí, González Zeledón fué su amigo íntimo y su confidente para los contactos secretos de la conspiración. Con él estuvo en los momentos de peligro cuando los atentados contra el Titán de Bronce por ciertos españoles que pretendieron matarle antes de 1895. Finalmente, al salir la expedición que trajo a Maceo y a Crombet a las playas de Duaba en la última tentativa cubana por la independencia, González Zeledón ayudó eficazmente a burlar la vigilancia de los espías españoles sobre Maceo y fué por su cooperación entusiasta y hábil que los esbirros del despotismo quedaron despistados. En el momento de la despedida, que debía ser eterna porque a Maceo le quedaba poco más de un año de vida, y de lucha en la manigua, el caudillo cubano abrazó conmovido al amigo costarricense y le pidió que cambiase con él su reloj para conservar y usar el cronómetro de González Zeledón en recuerdo de su amistad. Así lo hicieron. No sé si Maceo murió llevando consigo el reloj de González Zeledón; pero sí sé que casi cuarenta años más tarde, mientras era Ministro de Costa Rica en Washington, en traje de calle o de etiqueta, Don Manuel sabía la hora por el reloj de Antonio Maceo, un cronómetro de gran tamaño y de doble tapa, en una de las cuales, por fuera, estaban grabadas las iniciales del Titán de Bronce, y por dentro, estaba pegado al metal una fotografía antigua de María Cabrales de Maceo, dedicada a su esposo y que González Zeledón cuidaba amorosamente, como la joya que le había regalado su glorioso amigo.

Una vez cierto diplomático cubano improvisado, que tenía poco de lo primero y no mucho de lo otro, pensó "comprarle" a Don Manuel el reloj de Antonio Maceo a título de curiosidad y el viejo patriota costarricense olvidó por un momento sus suaves maneras y su charla amable para darle una contestación merecidísima a quien creía que todo tenía su precio y que con dinero podía hacerse hasta con las reliquias que un gran hombre había entregado a otro.

Durante la dictadura machadista, la Legación de Costa Rica en Washington estuvo abierta a los cubanos que combatíamos al despota y así también su residencia del Wardman Park Hotel. Allí, mientras tomábamos café "de verdad", traído de Costa Rica, junto a la urna de cristal con tierra costarricense



Antonio Maceo

que González Zeledón llevaba siempre consigo para que fuese la primera que cayese sobre su féretro si moría lejos de su patria, se podía hablar contra Machado, Juan Vicente Gómez, Sánchez Cerro, Ibáñez, Uriburu y los demás tiranos de América. De tiempo en tiempo, cuando era necesaria una gestión oficiosa con las autoridades de emigración, del trabajo o de la hacienda, en favor de algún emigrado, Don Manuel la llevaba a cabo, discreta y eficazmente, en los mismos días en que Orestes Ferrara ordenaba que no fuesen visados por los cónsules de Cuba los pasaportes de ciertos compatriotas nuestros que combatían el régimen de Machado y estaban en el extranjero, y a los que de ese modo se les castigaba.

Y esto lo hacía González Zeledón con la lógica irrefutable de sus convicciones democráticas, ya que, como decía él: "Si he vivido interesado en el bienestar y la libertad de Cuba desde mi juventud; si cooperé con Maceo para destruir el despotismo español en la Isla, ¿cómo puedo negarme a ayudar a los que combaten a otro despota en la tierra de Maceo?"

González Zeledón había casado en primeras nupcias con una dama cubana de la familia de los Quesada, Manuel y Rafael, personajes turbulentos de nuestra Guerra de los Diez Años que prestaron eminentes servicios a la causa de la independencia, y cuya hermana fué la segunda esposa de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria. Es posible que el temprano y genuino interés de don Manuel en las cosas de Cuba se polarizase en torno a ese venturoso enlace con aquella beldad camagüeyana en cuyo hogar siempre se mantuvo vivo el ideal de la independencia, ya que sus hijos también han alentado siempre igual entusiasmo por el progreso de Cuba y la felicidad de los cubanos. Ejemplo elocuente de ello fueron sus gestiones para que Margot Ross, la eminente pianista cubana, cuando sólo era una niña prodigio, pudiese ser oída por Joseph Hoffmann como paso preparatorio en su carrera artística. Calladamente, como sabía hacer las cosas Don Manuel, hizo por nuestra pequeña compa-

(Concluye en la pág. 112)